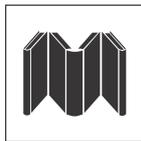


CLAIRE CAMERON

LA  
ÚLTIMA  
NEANDERTAL

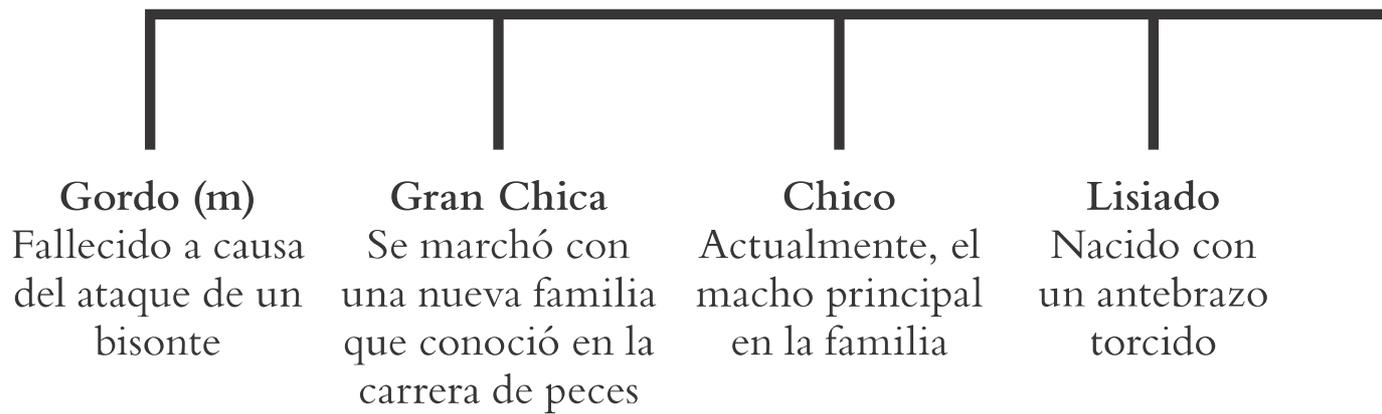
*Traducción:*  
ÁLVARO ABELLA



MAEVA

# La familia<sup>1</sup>

## Gran Madre<sup>2</sup>



**Chica**  
A punto  
de alcanzar  
la mayoría de  
edad

**Otro Chico (m)**  
Lo atacó un león  
cavernario

**Canijo**  
Se desconoce  
quién es su Gran  
Madre

1. En su punto culminante, la población de neandertales apenas alcanzó unos cientos de miles. Vivían dispersos por una vasta región en lo que hoy es Europa y Asia. Sin embargo, en la época de esta familia, la cifra total de miembros de su especie se podía contar con apenas los dedos de un par de manos humanas.

2. La filiación de los neandertales no se hacía por vía paterna. La monogamia no era considerada una virtud, pues podía entorpecer el éxito reproductivo en una población tan escasa.

## Glosario

**Arú:** Una palabra tonal. Su significado exacto cambiaba con la entonación y el contexto. Principalmente se empleaba como un aviso firme, pero también podía ser una llamada de auxilio o una expresión de afecto.

**Brea:** Sustancia de aspecto alquitranado que se extraía de la corteza del pino o del abedul. Cuando se le decía a una persona, la palabra se podía interpretar como «conserva la cabeza pegada a tu carne», con el sentido de «mantente vivo». Poseía un doble sentido, pues también expresaba la importancia de —y la habilidad necesaria para— que dos cosas se mantuviesen unidas.

**Buh:** El sonido del resoplido del bisonte. Constituían el alimento básico de la familia, y por lo tanto los tenían presentes en su mente casi todo el tiempo.

**Calor:** Significaba «familia», pero la palabra tenía una connotación de calor físico y de la seguridad que venía acompañada de tranquilidad.

**Cu-cu-clín:** Frase que significa «Mi cabeza es un bisonte» y que se solía pronunciar con un soniquete cantarín. Expresaba la apremiante sensación de hambre que se adueñaba de mente y cuerpo.

**Diente de piedra:** Herramienta lítica hecha a mano.

**Gargantacuervo:** Alguien que habla mucho. Proviene del denostado cuervo, el animal más propenso al gorjeo sin sentido y a armar jaleo.

**Maderamuerta:** Un cuerpo al otro lado de la tierra; empleada como equivalente a nuestro concepto de muerte, aunque expresaba un cambio de estado más que un final permanente.

**Mal del sol:** Enfermedad con un alto índice de mortalidad que comenzaba con síntomas parecidos a la fiebre, seguidos de granos rojos por todo el cuerpo que se convertían en ampollas; se creía que la causaba el sol, que quemaba el cuerpo desde dentro.

**Masticagrasa:** Por lo general se empleaba para referirse a un cuerpo fuerte. Una interpretación podría ser «me gustaría hincar el diente en esa carne». Era una expresión para dar ánimos, no un cumplido directo.

**Osera:** Expresión de miedo, como el escalofrío que se siente cuando sin querer se pasa demasiado cerca de donde duerme un oso.

**Sueño de invierno:** Literalmente, el sueño que tiene lugar durante el punto álgido de la temporada de tormentas invernales. Aunque técnicamente no se tratase de una hibernación, era el proceso de volverse apático, lento e inactivo durante el invierno para que la demanda de energía del cuerpo se mantuviera baja.

## PRÓLOGO

No pensaban mucho en lo que era diferente.

Había un buen motivo para ello, pues vivían en pequeños grupos familiares. Se pasaban todos los días entre gente que se parecía a ellos. Los cuerpos que se sentaban alrededor del fuego compartían el mismo tipo de copete en la nuca, o la misma risa, o unos dientes igual de torcidos. Cada vez que una cabeza se giraba para mirar, un cuerpo podía encontrar una parte de sí mismo en otro.

Precisamente debido a sus similitudes con nosotros puedo hablar por ellos y afirmar que gran parte de lo que os han contado no es cierto.

Eran amables y listos. Tenían manos con pulgares oponibles y una fina capa de vello en la espalda. Poseían corazones que palpitaban en sus pechos cuando veían a determinadas personas, y esto sucedía más a menudo de lo que podéis suponer. Sus cerebros eran aproximadamente un 10% más grandes que los nuestros. Muchos de nosotros hemos heredado hasta un 4% de su ADN, y ahora que ambos genomas han sido secuenciados, sabemos que el suyo se diferenciaba del nuestro en apenas un 0,12%. Para ser justos, estas ligeras variaciones son relevantes. Ellos poseían una franja de piel sensible en las encías, sobre los incisivos superiores; levantando el labio superior, eran capaces de percibir el calor de otro cuerpo a un kilómetro y medio de distancia. Sus oídos podían ubicar exactamente dónde había caído una gota de agua en un estanque mucho después de que hubieran desaparecido las ondas. Sus ojos podían ver el dibujo singular en la corteza de cada árbol y esto les permitía diferenciar uno de otro, igual que hacemos nosotros con los rostros humanos.

Sin embargo, si supieran que os estoy contando esto, se avergonzarían. Alzarían una mano y bajarían la vista con un ligero rubor rosado en las mejillas. No les gustaba concentrarse en reflexiones internas, pues esto dejaba el cuerpo expuesto a peligros externos. Si hoy siguieran existiendo, querrían dejar clara una cuestión fundamental: se parecían muchísimo a vosotros.

Pero ya no existen. Se extinguieron. La conciencia de que algo se ha extinguido suele conducir a la preocupación. Probablemente ya os estéis sintiendo culpables porque suponéis que me dispongo a responsabilizar a los humanos modernos de su fin. Nos comparamos con ellos partiendo de una cruel realidad: nosotros sobrevivimos y ellos, no. En el espacio entre esas dos cosas, la vida y la muerte, es donde comienza nuestra tribulación. Nos centramos en esa única diferencia y se adueña de nuestros pensamientos. A continuación, viene el sentimiento de culpa.

Pero lo último que ellos querrían es que os preocupaseis por su desaparición. No se recreaban mucho con las diferencias, sino que eran las similitudes entre estaciones, cuerpos y especies las que destacaban a sus ojos. Su número era muy reducido. El mundo en que vivieron era inmenso y vacío. Como forma de supervivencia, intentaban concentrarse en lo que era igual.

Si os cruzarais con uno en el bosque —pongamos una hembra de nombre Chica con un copete de pelo rojo— no sería una casualidad. Ella habría notado vuestra presencia mucho antes que vosotros, habría sentido curiosidad ante otro primate erecto y habría dejado que os acercarais. Habría hecho ruido entre los arbustos para que advirtierais su presencia. Quizá bajaría su lanza para mostraros que no tiene intención de haceros daño. Extendería los dedos de su mano izquierda y alzaría esa palma para saludaros.

Lo educado sería que vosotros levantaseis vuestra mano derecha imitando su gesto y que os aproximaraís lentamente hacia ella.

Su cuerpo está sucio de barro y solo parcialmente tapado con un manto de piel de bisonte. Con frecuencia tiene

mucho calor y no le gusta la sensación de un pellejo pesado de animal sobre la piel. Su respiración brota de la nariz formando hilos de vaho que desprenden calor de su voluminoso cuerpo al entrar en contacto con el aire gélido. Mirad sus músculos bien marcados. Ejercen un tipo de fuerza parecida a la de un oso. Si os acercáis más, prestad atención al olor terroso a carne de bisonte y acidez de estómago. No le pasa nada; solo se debe a su modo de vida.

Contened la respiración, porque os sentiréis intimidados. Y más os vale que sea así. Es vuestro instinto el que asoma. Nunca antes habíais visto una criatura tan maravillosa, pero sí, se trata de uno de vuestros antepasados. Sabían por experiencia propia que podían retorceros el cuello con una sola mano. Y os han transmitido ese razonable temor.

Pero no echéis a correr. Sentís miedo porque instintivamente sois conscientes de ser más débiles. Recordad que a ella no le despertáis ningún tipo de preocupación. Sabe que es más fuerte y que puede permitirse observaros. Debéis concentraros en el hecho de que sois la cosa más espectacular que ha visto en su vida. Como la población neandertal siempre fue escasa, ella solo habrá visto a un puñado de otras criaturas bípedas en su vida, y nunca a una como vosotros. Lo que está sintiendo es asombro.

Alzad la palma de la mano. Extended los dedos, como ella, a modo de saludo. Acercaos, despacio.

Cuando estéis lo bastante cerca, apretad la piel de vuestra palma contra la suya. Sentid su calor. Bajo vuestra piel circula la misma sangre. Respirad hondo para reunir coraje, alzad la barbilla y miradla a los ojos. Tened cuidado, porque os pueden fallar las rodillas. Las lágrimas asomarán a vuestros ojos y os entrarán unas ganas irreprimibles de llorar. Esto se debe a que sois humanos.

Cuando miréis a sus ojos, sentiréis una conexión inmediata. Todas las diferencias se desvanecerán. Sabréis con certeza que podéis sentir la mente de la otra. Compartís un mismo pensamiento: «No estoy sola».

**E**ra el calor lo que Chica recordaba. La noche, concretamente la que regresaría con frecuencia a su mente más adelante, la que resultó ser una de las últimas que pasaron juntos, estuvo llena de calor. La primavera inundaba el aire nocturno, aunque la tierra todavía estaba dura por la escarcha: el frío mordía su piel desnuda.

Cuando dormían, la familia era un solo cuerpo. Así era como se veían a sí mismos cuando estaban juntos, un solo cuerpo que vivía y respiraba. Las formas se enroscaban unas sobre otras formando un amasijo; la curva de una barriga reposando sobre una espalda, una pierna rodeando una cadera, y unos dedos de los pies fríos que encontraban calor en el pliegue de un codo.

Cuando el sol apartó su rostro, todos se encontraban agotados a causa de las tareas que comportaba la llegada de la primavera. Por una vez, no hubo historias de sombras antes de dormir, ni voces, ni risas, aunque cuando todos se habían acomodado, Chico, el hermano mayor, se tiró un pedo tremendo. Podría haber partido un tronco con su potencia. Canijo respondió imitando el desagradable sonido con los labios presionados sobre la mano. Lisiado rio, solo una carcajada, y Chica dejó que una sonrisa se formara en sus labios, porque estaba muy cansada para más. Gran Madre dijo: «Hum».

Y entonces se hizo el silencio en la cabaña; respiraciones pesadas, lentas.

Enterrados en medio de la pila de cuerpos estaban Chica y Gato Montés. Chica solía dormir profundamente, pero aquella noche se despertó antes de lo acostumbrado y sacó su

brazo aplastado de debajo del cuerpo del gran felino. Antes, Gran Madre había espantado al gato para que se fuera a un rincón de su madriguera. El astuto animal estuvo esperando, y cuando escuchó el silbido del aire que circulaba acompañado a través de la enorme nariz de Gran Madre, regresó con sigilo. Era de constitución gruesa y robusta, y poseía una espesa mata de pelo. Una serie de círculos negros se extendían a lo largo de su cola. Soltó un maullido solitario, un sonido que Chica había aprendido a reconocer, y entró para enroscarse junto a ella. Restregó la cabeza y las orejas contra las de ella, que emitió un gorjeo débil a modo de respuesta. Eran buenos amigos, y Gato Montés era la cosa más suave que conocía.

Chica se rascó una pulga que intentaba escapar de su axila. Pasó sus dedos adormilados sobre la piel para intentar quitársela. Un cambio de postura y un leve gruñido le impidieron cumplir su objetivo. Un momento después, un grueso dedo le presionó la espalda. Recorrió el omoplato y apretó. Era su hermano Chico, lo reconoció por el tacto áspero de la piel de la yema del dedo. Un pellizco y el cuerpo del bicho quedó aplastado entre sus dientes. Chica no le dio las gracias. No hacía falta. Iba implícito en todas las veces que ella le quitaría a él una pulga o un piojo. Las palabras podían resultar vacías. El sentido residía en devolver el gesto.

Y después, el silencio. Chica suspiró, se recostó y volvió a formar parte de la maraña de cuerpos. La capa protectora de músculo y hueso se volvía borrosa. Los contornos de sus formas se fundían en el calor. Espesas pestañas rozaron mejillas, las respiraciones se ralentizaron y el peso de largas extremidades se relajó. Si uno soñaba algo, los demás veían las mismas imágenes en sus cabezas, las recordaran por la mañana o no. No solo sus cuerpos estaban unidos mientras dormían; sus mentes también.

La familia descansaba formando una pila sobre dos gruesas pieles de bisonte estiradas. Bajo esas pieles había un lecho de ramas frescas de pino, entrecruzadas para elevar el nido y alejarlo del frío suelo de tierra. Chica y Canijo acababan de

cambiar las ramas ese día, así que en el ambiente se respiraba el aroma a pino. Sobre los cuerpos había más pellejos, estos curados y masticados hasta resultar suaves al tacto. Por encima se echaban una capa de pieles para mantener a la familia calentita. Este nido se encontraba en el interior de una cabaña adosada a la pared de un barranco de granito, una ubicación elegida con esmero, pues se levantaba en una repisa con roca escarpada en la parte superior y una pronunciada pendiente en la inferior. Tenían que ascender por un estrecho sendero para llegar a la cabaña. Aunque no resultaba cómodo, reducía las rutas que podría usar un depredador para aproximarse.

Cuando se iban a dormir, la familia imaginaba que estaba metiéndose en la tripa de un bisonte. La cabaña tenía más o menos la misma forma que los bisontes que comían. La parte del fondo era baja y estrecha para retener el calor. La parte delantera era más fuerte y estaba hecha con más apoyos, astada y vigilante. Un largo tronco de árbol formaba la columna vertebral de la estructura. Se apoyaba en un extremo sobre una rama bifurcada, a la que se sujetaba con un cordel fabricado a base de tiras de corteza de cedro. Una vez levantado este armazón principal, unos palos alargados sostenían el tronco central, como si fueran costillas. Había unas ramas más gruesas sujetas con piedras por delante y por detrás para formar unas patas que proporcionaban estabilidad. Una primera piel, curada con grasa animal y tan tensa que temblaba, cubría la estructura. A continuación se ponían ramas de pino muerto sobre el esqueleto, como si fuera una densa capa de ligamento. La capa externa eran pellejos duros hechos con el pelaje más espeso de dos viejos bisontes machos, colocados por encima y atados con tendones curados.

Gracias al calor de los cuerpos, se estaba a gusto dentro de la cabaña. La energía de los animales muertos permanecía viva en sus pieles, proporcionando a la familia una forma especial de protección. En una tierra llena de peligros, cualquier tipo de protección era algo muy valioso. Lo que reconfortaba el cuerpo también era solaz para la mente.

Cuando Chica estaba en el interior de la cabaña, tenía la costumbre de murmurar una palabra, «calor». Adoraba la sensación de estar conectada a tantos corazones latientes, a orejas que escuchaban, y a todos esos pares de ojos que vigilaban para asegurarse de que ningún ser amenazante se deslizara detrás de otro cuerpo. Era el modo en que su sangre repartía calor a los cuerpos que amaba. Era el modo de seguir viva.

Y mucho tiempo después, cuando la familia hubiera desaparecido y Chica se encontrara sola, el calor iba a ser lo que recordaría de aquella noche. Dejaría escapar su nostalgia con un gemido solitario. «Calor».

Cuando esa mañana Chica asomó la cabeza al exterior de la cabaña, pudo oler la llegada de la primavera. Era el primer día de caza y la tierra había cobrado vida. El sol se esforzaba por desprender del suelo la nieve del invierno. Al hacerlo, dejaba al descubierto un hambre profunda en la tierra. El mismo tipo de ansiedad habitaba en los estómagos de todas las bestias que deambulaban por el valle de la montaña. Chica contempló cómo los árboles mecían las copas más abajo. Sentían las vibraciones de los estómagos rugientes a través de la tierra que rodeaba sus raíces. El ambiente gélido se aferraba a las agujas de los pinos y cada brote de piña al final de cada rama temblaba expectante. El suelo se revolvía incómodo a medida que la nieve lo iba dejando libre. La primavera traía vida para algunos, pero muerte para otros.

Bajando la cuesta, junto al fuego, Gran Madre removía las brasas para avivar la hoguera de la mañana. La anciana llevaba puestos sus cuernos de bisonte, que iban amarrados a un pellejo suave que se ataba a la cabeza. Los dos cuernos asomaban justo en el punto donde una gruesa mata de pelo remataba su estrecha frente. Con solo una mirada, cualquier bestia comprendería que Gran Madre estaba al mando. Para entonces ya era vieja, lo cual significaba que podía recordar más de treinta primaveras. Había perdido la cuenta de cada una de ellas, pero sus ojos lechosos todavía podían distinguir formas, luces y movimientos. Su nariz aún captaba el aroma de un brote fresco y verde a cien pasos de distancia.

Como cabeza de familia, Gran Madre decidiría qué bestia intentarían matar ese día. Aunque sus días de cazadora ya habían terminado, seguiría recorriendo el camino hasta el

paso de los bisontes con el resto de la familia. Chica no se arriesgaría a dejar a Gran Madre, ni a cualquiera de los otros más débiles, solos en ese momento de la primavera. Un leopardo joven había estado merodeando últimamente junto a la hoguera. Era nuevo en su territorio y estaba agitado. En otros tiempos, la familia lo hubiera espantado con facilidad, pero esa primavera no contaba con muchos miembros. No se atrevieron a darle una oportunidad al leopardo, que solo conseguía comer algo de carne.

Cuando Chico, el hermano de Chica, se acercó al fuego, Gran Madre se echó a reír. Chica necesitó un momento para darse cuenta del motivo. Chico tenía erecciones con frecuencia y, viendo la forma holgada que había tomado su piel de búfalo, Chica comprendió que esa mañana no era distinta de otras. Gran Madre se reía de alegría, pues un pene erecto era señal de buena salud. Era felicidad.

Para entonces el cuerpo de Gran Madre había perdido muchas cosas, pero no la sonrisa. Su risa brotaba como una carcajada aguda que dejaba ver los dientes que le faltaban, casi todos excepto unos pocos en el lado superior izquierdo de la mandíbula y dos molares en el derecho. Cuando se reía, se llevaba una mano a la mejilla y Chica sabía que la anciana deseaba que esos dientes también se cayeran a la tierra. El dolor hacía que su cuerpo pareciera carne seca. Una hilera de hirsutos pelos grises brotaba en su barbilla, y unos pechos grandes caían orgullosos y planos sobre su vientre. La piel gruesa de su rostro mostraba el rastro de una lágrima. Gran Madre creía que la medida de una vida se podía reducir a esas cosas pequeñas, un recuento de las arrugas para ver cuántas risas frente a cuántos ceños fruncidos había producido un cuerpo. Debido a esto, Chica sabía que la anciana se aseguraba de reír con frecuencia.

Los olores de la primavera y de su madre anciana se mezclaban de un modo que provocaba cierto malestar en Chica. Siendo realistas, sabía que Gran Madre podía morir en cualquier momento. Solía decir que su aliento olía como el trasero de un bisonte, tras tantos años de comer solo eso. Aunque esa

parte del bisonte tenía un olor característico, no era necesariamente malo. Los excrementos salían de ahí y en cierto modo olían a vida. Si se mezclaban con arena, se podían extender alrededor de los postes de pino de una cabaña para tapar los huecos e impedir que pasase el viento. No había nada malo en evitar que el viento húmedo te azotara en el cuello, igual que no había nada malo en envejecer. Si Chica era lo bastante lista como para vivir tanto, también conseguiría tener ese aliento.

La sabiduría de Gran Madre era necesaria. Solo un instinto bien desarrollado podía conseguir que un cuerpo llegase a la edad anciana. Ella le enseñó a Chica que vivir una vida, montar a lomos de las agitadas estaciones, significaba que el cambio era constante. Todo lo que les rodeaba brotaba, crecía y, en cierto momento, llegaba a su culmen. La energía de las cosas comenzaba a decaer cuando ya no eran capaces de renovarse. Entonces se volvían inservibles y morían. Una hoja caída empieza a descomponerse Y pronto se convierte en nutrientes para la tierra. El suelo enriquecido absorberá la lluvia y se transformará en alimento para el árbol. Y de esta manera, con el paso del tiempo, las cosas, en realidad, no mueren; solo se transforman. Aunque todos los cambios traen inquietud y desasosiego. Así que Gran Madre se esforzaba por ofrecer tranquilidad a la familia haciendo las cosas de igual modo en la medida de lo posible. A lo largo de sus muchos años, había fabricado sus herramientas con el mismo tipo de piedra, había comido el mismo tipo de alimentos en prácticamente el mismo periodo del año, y había construido cabañas con la misma técnica una y otra vez.

Chica contempló a su hermano y admiró el brillante pelo castaño de su cabeza. Su lustre era señal de salud. Lo llevaba hacia atrás, apartado de su frente inclinada y sujeto con un cordel. Tenía una amplia espalda que se ensanchaba desde la cintura. Él también había atravesado sus propios cambios. Le llegaron más tarde que a otros, pues los años anteriores estaba escuálido y tenía pocas reservas de grasa. El cambio incluía estados de ánimo que alertaban a Chica sobre lo que

podía estar sucediendo. Dada la cercanía en la que vivían, tenían que soportar con paciencia sus cambios de humor. Aunque Chica fingía no darse cuenta, sabía que Chico atraería las miradas de las mujeres cuando llegara la temporada de pesca en verano.

Solo pensar en los brillantes colores de la carrera de peces bastaba para que el corazón de Chica se acelerase. La saliva inundaba su boca. Su hambre crecía. Se imaginó las suaves huevas de pescado entre sus dedos. El año pasado había observado una de cerca y le pareció como si tuviera el río atrapado en su interior. Aquel río diminuto contenía la siguiente generación de peces y por eso Chica quería introducir toda esa fuerza en su cuerpo. Metió las huevas entre sus molares, masticó y escuchó cómo reventaban. Se imaginó la piel escurridiza del pez entre sus manos, se vio comiendo la tierna carne anaranjada que tenían por debajo, y tuvo la sensación de que la sangre le hervía bajo la piel.

Cuando el sol de primavera estuvo lo bastante alto como para acariciar el barranco que se alzaba detrás de su cabaña, la familia empezó a trasladarse hacia el punto de encuentro. Otras familias que vivían en otros horcajos del río hacían la misma ruta. Recorrían el curso del río hasta llegar a un tramo más extenso y regular en el que confluían diversos afluentes que formaban rápidos poco profundos.

En esa época del año, también ese era el punto de encuentro de los peces. Al lanzar sus cuerpos sobre los escalones de la corriente, unos se estrellaban contra las rocas, otros terminaban atrapados en las redes, tejidas con juncos por la familia, que los aguardaban, y algunos caían en las mandíbulas de los osos. Solo unos pocos conseguían atravesar aquel punto. Los peces eran largos como un brazo y gruesos y musculosos como un muslo, con dos colmillos que asomaban desde la mandíbula inferior. Eran listos como cuervos y rápidos como serpientes. Sus escamas estaban moteadas de gris, pero los más sabrosos tenían un destello naranja en el lomo que significaba que tenían huevos. La familia creía que esos eran los mejores. No eran necesariamente los más fuertes, pero su

astucia, su fuerza, su tamaño y su vista eran los que mejor se adaptaban a las condiciones de ese año en particular. Eran los que lograban continuar su camino para depositar sus huevas naranjas en los bajíos río arriba. Las nuevas generaciones de peces saldrían de ellas.

La mente de Chica estaba ocupada con sus propios pensamientos sobre el punto de encuentro, pero sabía que no debía distraerse. Rápidamente regresó al presente y contempló a su familia: Gran Madre, Chico, Lisiado y Canijo en torno al fuego. Eran un grupo pequeño y algunos de ellos parecían más débiles que algunas bestias. Sabía, por sus visitas anteriores al punto de encuentro, que podrían no ser los más atractivos de la zona. Pero en ese momento no se dejó llevar por la preocupación ante sus posibilidades. Igual que la habilidad para cazar, reparar y construir, aprender a contener algunas de sus preocupaciones formaba parte de hacerse adulto. Tenía que concentrarse en la caza. No debía desviar su atención del momento presente, pues podría ponerlos a todos en peligro. El mundo se perdía con demasiada facilidad.

Esa mañana, Chico había sido el primero en bajar desde la cabaña hasta la hoguera por la escarpada pendiente. El territorio de la familia seguía atenazado por el hielo, pero a él no le importaba el frío. Lo impulsaban sus ansias por aparearse. Sabía que solo copularía si presentaba un aspecto saludable en el punto de reunión, y la salud residía en los alimentos que comía. En primavera, solo la carne de bisonte podía satisfacer las necesidades de sus robustos músculos y su gran cuerpo.

Chico no se distrajo de sus tareas mientras Gran Madre se reía. Su erección se debía al deseo de comer y copular, y solo conseguía volverle más duro. Sonrió, pateó las ascuas del fuego para apagar la llama y apartó las cenizas con un palo. Usando un trozo de cuero para proteger sus manos del calor, cogió una losa de piedra con superficie cóncava que se usaba para extraer una resina pegajosa de la corteza de abedul.

Alguien de la familia había encontrado la losa hacía mucho tiempo y desde entonces había ido pasando de generación en generación. Como se trasladaban con frecuencia en busca de comida o siguiendo su rastro, no era algo práctico para transportar. Cada año escondían la piedra cerca del lugar donde levantarían su cabaña en primavera. Chico la manejaba como si fuera un tesoro. Era uno de los pocos objetos que habían usado varias generaciones de la familia. Así era como algo se volvía precioso, por la cantidad de manos de la familia que lo habían tocado antes. De modo que la tarea que Chico desempeñaba lo unía a su familia a través del tiempo.

El día anterior, Chico había puesto varias capas de corteza de abedul dentro de la losa cóncava y la había dejado en el fuego para que el calor extrajera un líquido negruzco del corcho. Con la ayuda de unas ascuas calientes, usó esta pasta pegajosa para fijar una escama triangular de piedra al extremo de una lanza de madera. Chico manipuló rápidamente la pasta antes de que se secase. Se chupaba los dedos con frecuencia. Apretó y moldeó la masa para que quedara perfecta. Cuando estuvo satisfecho con la forma, sumergió la nueva punta en agua fría.

Mientras Chico esperaba a que la punta se fijara, contempló a su hermano menor Lisiado, que tenía un antebrazo torcido como el cuerno de un bisonte. El pulgar de su mano apuntaba en la dirección opuesta al cuerpo de Lisiado, y su muñeca estaba fija. El muchacho intentaba atar un pellejo endurecido a su espinilla para protegerla durante la caza, y le resultaba difícil poner la protección en su sitio debido a su brazo torcido. Solo podía girar la mano moviendo el codo. Además, parecía que a Lisiado le dolía el brazo, algo que solía suceder cuando cambiaba el tiempo. Lisiado escupió frustrado.

—¡Canijo! —la palabra salió de la boca de Chico como un ladrido sonoro y agudo. Su laringe era corta, lo cual confería a su voz un tono muy alto. Este sonido estridente brotaba por su amplia cavidad nasal con una tonalidad muy gangosa. Al mismo tiempo, resonaba en su profunda y musculosa caja

torácica. Cuando hablaba, su voz era muy alta y le hacía daño en la garganta.

Pero Chico no necesitaba cansar su garganta con palabras muy a menudo. Gran Madre había dotado sus costumbres sociales de un carácter silencioso, y vivir en un grupo tan reducido significaba que no era necesario decir muchas cosas. La garganta de Gran Madre tenía más tendencia todavía a resentirse, por lo que la mujer reprobaba la cháchara excesiva, aunque quienes fueran testigos de sus ocasionales accesos de ira dudarían de su compromiso con el silencio. A quienes hablaban demasiado, los llamaba *gargantacuervo*; alzando una mano, golpeaba los dedos contra el pulgar en un gesto que imitaba el pico del ave que más detestaba. Los cuervos graznaban y defecaban sin importarles lo que les rodeara.

Canijo oyó su nombre y siguió la mirada de Chico para ver los esfuerzos de Lisiado. Canijo ya había vivido seis o siete inviernos para aquel entonces, aunque nadie sabía su edad exacta. Era difícil de decir, dado su frágil aspecto. Chico se alegró al ver que el muchacho había empezado a buscar maneras de ser útil. Canijo se acercó corriendo y puso un escuálido dedo en mitad del nudo de Lisiado, usando la otra mano para pasar un hilo. Entre los dos ataron el pellejo endurecido a la espinilla de Lisiado.

Chico pensó en que la posición que ocupaba Canijo en la familia seguía siendo incierta. El muchacho había aparecido en el río antes de que empezara la temporada de pesca. Había llegado al punto de encuentro con otra familia, pero no lo trataban bien y apenas le daban de comer. No tardaron en echarlo de su cabaña, y Canijo se dedicaba a deambular por ahí como un gato salvaje suplicando sobras. Al final, Gran Madre se compadeció de él y le dio un buen trozo de pescado. El muchacho se pegó a la anciana y había conseguido mantener su posición desde entonces.

Pero Canijo no crecía ni se desarrollaba como debería. A menudo, Chico sospechaba que el muchacho estaba enfermo. La mañana anterior, Chico le había obligado a ponerse delante de Gran Madre para que esta le oliera la boca. Le preocupaba

el mal del sol. La familia sabía que empezaba con un olor desagradable en el aliento. Poco después venía una gran fatiga, dolor en las articulaciones y la espalda, y vómitos. Los siguientes síntomas, a menudo fatales, eran unos puntos rojos que aparecían en la cara, manos y brazos, llenos de pus, que luego se convertían en ampollas. El mal del sol quemaba el cuerpo y lo consumía, pues se había acercado demasiado al sol. Pero Gran Madre no creía que Canijo tuviera ningún síntoma. No había nada que hiciera pensar que tenía la enfermedad.

Sin embargo, Chico tenía sus dudas. Esa primavera, los músculos del muchacho todavía no se habían desarrollado. Las protuberancias de las rodillas y los codos sobresalían en sus extremidades, tenía los ojos saltones y la piel más oscura de lo normal. Chico no sabía por qué Canijo era tan pequeño, ni si comer más carne lo ayudaría a crecer. Sabía que era un riesgo alimentarlo. Cada porción de comida que le daban podía significar un despilfarro. La vida era un conjunto de decisiones en constante movimiento. Incluso estirar el brazo para quitarte una pulga tenía que compensar la sangre que el bicho dejaba de chupar.

Chico sentía que el equilibrio de la familia se estaba perdiendo. Quizá era su acuciante necesidad de aparearse lo que provocaba que lo sintiera de un modo más claro que los demás, como una presión constante sobre su piel.